

JACK HIGGINS

LA NOCHE DEL ZORRO



En abril de 1944, pocas semanas antes del desembarco aliado en las playas de Normandía, una nave de reconocimiento inglesa es atacada y hundida por lanchas rápidas alemanas en el Canal de la Mancha. A bordo de la embarcación iba el coronel norteamericano Kelso, uno de los pocos hombres al corriente de los preparativos del Día D y los planes de Eisenhower. Kelso consigue salvarse en una balsa y las corrientes le llevan a la isla de Jersey, ocupada por fuerzas del Tercer Reich...

Enterado del incidente, el Alto Mando aliado organiza una peligrosa misión de búsqueda, pues resulta imprescindible rescatar a Kelso con vida... o silenciarlo para siempre. De ello depende el éxito o el fracaso de la operación militar más vasta de la historia. Solo hay un hombre capaz de encargarse de tan delicada misión: Harry Martineau, uno de los mejores agentes del servicio de inteligencia británico. Martineau, haciéndose pasar por oficial alemán y acompañado de una atractiva joven que conoce el terreno, se introduce en las líneas enemigas y llega a Jersey.

Sin embargo, todo se complica con un hecho inesperado: la llegada a la isla de un doble del mariscal Rommel, enviado por el Zorro del Desierto para despistar a la Gestapo mientras él se reúne con los altos oficiales alemanes que conspiran para derrocar a Hitler. A partir de entonces los protagonistas se enfrentan a una serie de acontecimientos electrizantes, en su audaz tentativa de conducir a buen fin una misión de la cual depende el curso inmediato de la guerra...

El indiscutible talento narrativo de Jack Higgins ha conseguido con *La noche del zorro* una extraordinaria novela de suspense y acción que mantiene en vilo al lector.

Para Vivienne Mylne

La ocupación alemana de las islas del Canal de la Mancha durante la segunda guerra mundial es un hecho real. Aunque se mencionan algunos dirigentes políticos y militares en el contexto histórico de este periodo, hay que hacer constar que este libro es una obra de ficción y no pretende referirse a ninguna persona viva.

CAPÍTULO 1

Los romanos creían que las almas de los difuntos permanecían cerca de sus tumbas. Era fácil pensarlo así en aquella fría mañana de marzo, con un cielo tan oscuro como si estuviera a punto de anochecer.

Me detuve bajo el arco de granito y contemplé el interior del cementerio. El tablón rezaba «Iglesia Parroquial de St. Brelade», y el lugar estaba repleto de lápidas y tumbas, entre las que se alzaba aquí y allí alguna cruz de granito. Advertí que en el extremo más lejano había un ángel alado, y entonces resonó un trueno en el horizonte y la lluvia comenzó a azotar la bahía.

El conserje del hotel me había proporcionado un paraguas. Lo abrí y pasé al interior. Hasta el domingo anterior, en Boston, jamás había oído hablar de las islas británicas del Canal de la Mancha, junto a la costa francesa, ni de la isla de Jersey. Estábamos a martes y había recorrido medio mundo para encontrar la respuesta definitiva a algo que había ocupado tres años de mi vida.

La iglesia, construida en granito, era muy antigua. Avancé hacia ella por entre las lápidas, deteniéndome para contemplar la bahía. La marea se había retirado, dejando al descubierto una extensión de finas arenas doradas bajo el dique de hormigón. Se veía mi hotel.

Oí rumor de voces y, al volverme, vi a dos hombres con gorras de paño y sendos sacos alrededor de sus hombros, agazapados bajo un ciprés junto al muro del cementerio. Se incorporaron y echaron a andar, riéndose como de algún

chiste, y advertí que llevaban azadones. Desaparecieron por detrás de la iglesia y yo me aproximé al muro. Había una tumba recién excavada y cubierta con una lona encerada, aunque el árbol la protegía un tanto de la lluvia. Creo que nunca me había sentido tan excitado. Era como si hubieran estado esperándome. Me volví, anduve entre las tumbas hacia la entrada de la iglesia, abrí la puerta y entré en ella.

Había imaginado que sería un lugar lóbrego y tenebroso, pero las luces estaban encendidas y me sorprendió ver que, de hecho, era muy hermoso. La bóveda del techo se salía de lo corriente, pues había sido construida en granito, sin la menor evidencia de vigas de madera. Me aproximé al altar y me detuve unos instantes, mirando a mi alrededor, consciente del silencio. Se oyó el chasquido de una puerta que se abría y volvía a cerrarse. Se me acercó un hombre.

Tenía los cabellos blancos y los ojos de un azul muy claro. Vestía una sotana negra y llevaba un impermeable colgado del brazo. Su voz era seca y muy cascada, y tenía un leve acento irlandés.

—¿Puedo ayudarle en algo?

—¿Es usted el párroco?

—Oh, no. —Sonrió con buen humor—. Ya hace mucho tiempo que me retiraron. Me llamo Cullen. Canon Donald Cullen. ¿Es usted norteamericano?

—Exactamente. —Estreché su mano y apretó la mía con sorprendente firmeza—. Alan Stacey.

—¿Es su primera visita a Jersey?

—Sí —respondí—. Hasta hace unos días, ni siquiera sabía que existía este lugar. Como la mayoría de los norteamericanos, solo había oído hablar de New Jersey.

Sonrió. Mientras nos dirigíamos hacia la puerta, comentó:

—Ha elegido una mala época del año para su primera visita. Jersey puede ser uno de los lugares más agradables de la Tierra, pero, por lo general, no en marzo.

—No tenía elección —dije—. Hoy van a enterrar a alguien aquí. Harry Martineau.

Había empezado a ponerse el impermeable y se detuvo, sorprendido.

—Es cierto. De hecho, yo mismo realizaré la ceremonia. Esta tarde, a las dos. ¿Es usted pariente suyo?

—No exactamente, aunque a veces tengo la impresión de serlo. Soy profesor adjunto de filosofía, en Harvard. Durante estos tres últimos años he estado trabajando en una biografía de Martineau.

—Entiendo.

Abrió la puerta y salimos al porche.

—¿Sabe alguna cosa de él? —inquirí.

—Muy poco, aparte de la extraordinaria forma en que llegó a su fin.

—Y de la aún más extraordinaria circunstancia de su entierro —añadí—. Después de todo, Canon, no es muy frecuente enterrar a un hombre cuarenta años después de su muerte.

El *bungalow* estaba al otro lado de la bahía de St. Brelade, cerca del hotel L'Horizon, donde yo me alojaba. Era un lugar pequeño y sin pretensiones, pero la sala de estar resultaba sorprendentemente amplia, cómoda y desordenada, con dos paredes cubiertas de libros. Unas ventanas deslizantes se abrían ante una terraza y un pequeño jardín, con la bahía al fondo. La marea comenzaba a subir, el viento coronaba las olas con casquetes de espuma y la lluvia tamborileaba en los cristales.

Mi anfitrión salió de la cocina y depositó una bandeja sobre una mesita pequeña, junto al fuego.

—Espero que le guste el té.

—Un té me vendrá muy bien.

—Mi esposa solía tomar café, pero murió hace tres años. Yo jamás he podido soportar esa bebida.

Llenó una taza y la empujó hacia mí mientras yo tomaba asiento al otro lado de la mesa. El silencio pendía entre nosotros. Alzó su taza y bebió, esperando.

—Está usted muy bien instalado —observé.

—Sí —admitió—, me las arreglo bien. Aunque solitario, por supuesto. La gran debilidad de los seres humanos, profesor Stacey, es que todos necesitamos a alguien. —Volvió a llenar su taza—. Pasé tres años en Jersey, en mi infancia, y me encariñé mucho con este lugar.

—Debió de resultarle fácil. —Contemplé la bahía—. Es muy hermoso.

—Volví muchas veces, de vacaciones. Cuando me retiré, era canónigo de la catedral de Winchester. Nuestro único hijo se fue a vivir a Australia hace muchos años, conque... —Se encogió de hombros—. Jersey me pareció la elección lógica, ya que mi esposa había sido propietaria de este *bungalow* desde mucho antes. Lo heredó de un tío.

—Muy conveniente.

—Sí, sobre todo con las leyes sobre la vivienda que rigen aquí. —Dejó su taza, sacó una pipa y empezó a llenarla a partir de una gastada petaca de cuero—. Bien —prosiguió rápidamente—, ahora ya lo sabe usted todo acerca de mí. ¿Qué me dice de usted y de su amigo Martineau?

—¿Sabe mucho de él?

—Nunca había oído su nombre hasta hace unos días, cuando mi buena amiga la doctora Drayton vino a verme, me explicó las circunstancias en que habían hallado su cadáver y me informó de que iba a ser enviado desde Londres para recibir sepultura aquí.

—¿Está enterado de cómo le sobrevino la muerte?

—En un accidente de aviación, en 1945.

—En enero de 1945, para ser exactos. Durante la segunda guerra mundial, la RAF tenía una unidad denominada Prueba de Aparatos Enemigos. Hacían volar los aviones capturados a los alemanes para evaluar sus características y demás.

—Entiendo.

—Harry Martineau trabajaba para el Ministerio de Economía de Guerra. En enero de 1945 se le dio por desaparecido mientras viajaba como observador en un Arado 96, un avión alemán de entrenamiento, biplaza, que estaba siendo estudiado por la unidad de Prueba de Aparatos Enemigos. Siempre se creyó que se habían estrellado en el mar.

—¿Y?

—Hace dos semanas se encontró el aparato durante unas excavaciones en un pantano de Essex. Se interrumpieron los trabajos hasta que un equipo de la RAF recuperó lo que quedaba de él.

—¿Y Martineau y el piloto seguían en el interior?

—Lo que quedaba de ellos. Por alguna razón, las autoridades no han querido darle mucha publicidad al asunto. La noticia no me llegó hasta el pasado fin de semana. Salí en el primer avión, y llegué a Londres el lunes por la mañana.

Asintió.

—Dice usted que estaba trabajando en una biografía suya. ¿Qué tenía ese hombre de particular? Ya le he dicho que, hasta hace poco, ni siquiera había oído hablar de él.

—Y tampoco el público en general —respondí—. Pero durante los años treinta, en círculos académicos... —Me encogí de hombros—. Bertrand Russell lo consideraba como una de las mentes más brillantes e innovadoras en su terreno.

—Que era...

—La filosofía moral.

—Un estudio muy interesante —dijo el canónigo.

—Y un hombre fascinante. Nació en Boston. Su padre era naviero. Rico, pero no exageradamente. Su madre, aunque nacida en Nueva York, era de ascendencia alemana. El padre de ella enseñó durante unos años en la universidad de Columbia, y en 1925 regresó a Alemania como profesor de cirugía en la universidad de Dresde. —Me puse en pie y me acerqué a la ventana, pensando en todo ello mientras

miraba al exterior—. Martineau estudió en Harvard, obtuvo un doctorado en Heidelberg, fue becario Rhodes en Oxford, miembro del Trinity College y, a los treinta y ocho años, profesor Croxley de filosofía moral.

—Un logro notable —reconoció Cullen.

Me di la vuelta.

—No me ha comprendido. Se trataba de un hombre que lo cuestionaba todo, que revolucionó su campo de estudio. Y entonces estalló la segunda guerra mundial y el resto es solo silencio. Es decir, hasta ahora.

—¿Silencio?

—Oh, sabemos que abandonó Oxford. Trabajó para el Ministerio de Defensa y luego para el Ministerio de Economía de Guerra como ya le he dicho. Muchos académicos hicieron lo mismo. Pero lo trágico es que, al parecer, interrumpió por completo todos sus trabajos. No hubo más escritos, y el libro que llevaba años preparando quedó sin terminar. En Harvard guardamos el manuscrito. A partir de septiembre de mil novecientos treinta y nueve, no le añadió ni una línea.

—Muy extraño.

Regresé a la mesa y volví a sentarme.

—En la biblioteca de Harvard conservamos todos sus escritos. Al leerlos, lo que más me intrigó fue una cosa de tipo personal.

—¿De qué se trata?

—Cuando terminé los estudios secundarios, a los dieciocho años, en vez de ingresar directamente en Harvard me enrolé en los *marines*. Pasé un año en Vietnam antes de que un balazo en la rótula izquierda me devolviera definitivamente a casa. Martineau hizo algo parecido. Se unió a la fuerza expedicionaria norteamericana en los últimos meses de la primera guerra mundial, sin tener la edad suficiente, diría yo, y sirvió como soldado raso de infantería en las trincheras de Flandes. Me fascinó el hecho de que, después

de lo que habíamos pasado, ambos buscamos una respuesta distinta en la misma dirección.

—Del infierno de la guerra al fresco refugio de la mente. —Canon Cullen vació su pipa en el hogar—. No recuerdo quién dijo eso. Algún poeta bélico, supongo.

—Dios me libre de ellos —dije—. Vietnam me costó una rigidez permanente en la pierna izquierda, tres años en manos de psiquiatras y el fracaso de mi matrimonio.

El reloj sobre la repisa de la chimenea dio las doce. Cullen se puso en pie, se dirigió al aparador y llenó dos vasos con el *whisky* de una botella de cristal tallado. Los llevó a la mesa y me ofreció uno.

—Durante la guerra yo estuve en Birmania, y fue bastante duro. —Tomó un sorbo de *whisky* y dejó su vaso en el hogar—. Entonces, profesor, ¿qué me dice del resto?

—¿El resto?

—Se supone que los sacerdotes son seres ingenuos que ignoran las realidades de la vida —comentó con su voz seca y precisa—. Tonterías, naturalmente. Nuestro trabajo es la confesión, la miseria y el dolor humanos. Después de treinta y cinco años como sacerdote, profesor, he llegado a conocer a la gente, y he aprendido a saber cuándo no están diciéndome toda la verdad. —Aplicó una cerilla a su pipa y aspiró varias bocanadas—. Como es ahora su caso, amigo mío, a menos que esté muy equivocado.

Respiré hondo.

—Cuando encontraron su cuerpo, vestía de uniforme.

Frunció el ceño.

—Pero ha dicho que trabajaba para el Ministerio de Economía de Guerra.

—Un uniforme de la Luftwaffe alemana. Al igual que el piloto.

—¿Está usted seguro?

—Tengo un amigo llamado Tony Bianco, de mis tiempos en Vietnam con los *marines*. Ahora trabaja para la CIA en nuestra embajada de Londres. Esta gente está bien infor-

mada. El otro día tuve problemas con el Ministerio de Defensa. No querían soltar prenda acerca de Martineau y ese avión.

—¿Y recurrió a su amigo?

—Y él averiguó algo más. El informe que publicaron los periódicos, según el cual ese Arado pertenecía a la unidad de Prueba de Aparatos Enemigos, no es muy digno de crédito.

—¿Por qué?

—Porque siempre ostentaban las insignias de la RAF y, según el informador de Bianco, este aún conservaba los distintivos de la Luftwaffe.

—¿Y dice usted que no pudo conseguir ninguna otra información de fuentes oficiales?

—Ninguna en absoluto. Por ridículo que le parezca, Martineau y el vuelo en cuestión siguen cubiertos por alguna clasificación de seguridad de tiempo de guerra.

El anciano frunció las cejas.

—¿Al cabo de cuarenta años?

—Más aún —añadí—. El año pasado, en el curso de mis investigaciones, encontré problemas parecidos. Choqué con una barrera, si usted me comprende. Descubrí que a Martineau le habían concedido la Distinguished Service Order en enero de 1944. Una de esas condecoraciones que se publican en la lista sin la menor explicación. No logré averiguar qué hizo para merecerla.

—Pero se trata de una medalla militar, y muy importante, por cierto. Martineau era un civil.

—Al parecer, algunos civiles la han recibido, en contadas ocasiones. Pero todo parece encajar con una historia que oí en Oxford hace tres años, en el curso de mis investigaciones. Max Kubel, el físico nuclear, fue profesor en Oxford durante muchos años y era amigo de Martineau.

—De él sí he oído hablar —afirmó Cullen—. Era un judío alemán que logró escapar antes de que los nazis le mandaran a un campo de concentración, ¿no es cierto?

—Murió en 1973 —añadí—. Pero conseguí entrevistarme con el anciano que había sido su ayudante en Oxford durante más de treinta años. Me dijo que, durante la gran ofensiva alemana de 1940, que culminó en Dunkerque, Kubel fue retenido por la Gestapo bajo arresto domiciliario en Freiburg, justo al lado de la frontera francesa. Allí fue a verle un oficial de las SS con la correspondiente escolta para llevárselo a Berlín.

—¿Y bien?

—El anciano, Howard se llamaba, dijo que Kubel le había dicho muchos años antes que aquel oficial de las SS era Martineau.

—¿Lo creyó usted?

—De momento, no. El hombre tenía noventa y un años y estaba senil, pero hay que tener en cuenta los antecedentes de Martineau. Es obvio que habría podido hacerse pasar por alemán sin la menor dificultad. No solo dominaba la lengua, sino que también tenía una historia familiar a la que acogerse.

Cullen asintió.

—Entonces, en vista de estos últimos acontecimientos, ¿está dispuesto a darle crédito a esa historia?

—Ya no sé qué pensar. —Me encogí de hombros—. Nada parece tener sentido. Martineau y Jersey, por ejemplo. Por lo que yo sé, nunca visitó este lugar, y murió cinco meses antes de que fuera liberado de la ocupación nazi. —Apuré el resto de mi *whisky*—. Martineau no tiene parientes vivos; estoy seguro, porque nunca se casó. Entonces, ¿quién es esa doctora Drayton de la que me ha hablado? Una cosa es indudable: debe de tener una enorme influencia en el Ministerio de Defensa para haber conseguido hacerse cargo de los restos.

Canon Cullen me sirvió otro vaso de *whisky*.

—Está usted en lo cierto. La doctora Drayton, Sarah Drayton, para ser precisos, tiene una gran influencia.

Alzó su vaso en un brindis hacia mí.

Yo soy la resurrección y la vida, dijo el Señor: quien crea en mí, aunque haya muerto, vivirá eternamente.

La voz de Cullen sonó aún más irlandesa cuando se alzó bravamente sobre la intensa lluvia. Llevaba una capa negra sobre sus vestiduras y uno de los hombres de la funeraria permanecía a su lado cubriéndolo con un paraguas. Al entierro solo había acudido una persona, Sarah Drayton, que permanecía de pie al otro lado de la fosa abierta. Detrás de ella, un empleado de las pompas fúnebres la protegía con otro paraguas.

Parecía tener unos cuarenta y ocho o quizá cincuenta años aunque, como supe luego, tenía sesenta. Era de baja estatura y su silueta, con un traje sastre y sombrero de color negro, todavía era esbelta. Sus cabellos eran cortos, muy bien cortados y de color gris acero. En modo alguno podía decirse que fuera hermosa en el sentido convencional, con una boca tirando a demasiado grande y ojos avellana sobre unos anchos pómulos. Era un rostro, sin embargo, de gran personalidad, y daba la impresión de ser una persona que había conocido lo mejor y lo peor que la vida podía ofrecer. Toda ella reflejaba una extraordinaria quietud. Si me hubiera cruzado con ella por la calle, me habría vuelto a mirarla. Era esa clase de mujer.

Ella me ignoró completamente y yo me quedé bajo el menguado refugio de los árboles, calándome hasta los huesos a pesar de mi paraguas. Cullen terminó el funeral, se acercó a ella y le habló brevemente. Ella le dio un beso en la mejilla y él se volvió y echó a andar hacia la iglesia, seguido por los hombres de la funeraria.

La mujer permaneció un rato junto a la tumba, y los dos sepultureros esperaron respetuosamente a unos metros de distancia. Seguía sin mirarme cuando me adelanté, recogí un puñado de tierra mojada y lo arrojé sobre el ataúd.

—¿Doctora Drayton? —pregunté—. Lamento molestarla. Me llamo Alan Stacey, y me gustaría tener unas palabras con usted. No soy ningún periodista, dicho sea de paso.

Su voz era más grave de lo que había imaginado, tranquila y hermosamente modulada. Sin volver la vista hacia mí, respondió:

—Sé muy bien quién es usted, profesor Stacey. Hace tres años que estoy esperando su visita. —Alzó el rostro, sonrió y, de pronto, pareció absolutamente encantadora, como si tuviera veinte años—. Deberíamos resguardarnos de esta lluvia antes de que nos haga enfermar a los dos. Es un buen consejo médico, y gratuito. Tengo el coche afuera, en la carretera. Creo que haría bien acompañándome a tomar algo.

Su casa no estaba a más de cinco minutos de distancia, cinco minutos de angosta carretera rural por la que condujo con pericia a considerable velocidad. La vivienda se alzaba en el centro de un bien cuidado jardín de poco menos de media hectárea, rodeado de hayas por entre las cuales se divisaba la bahía a lo lejos. A juzgar por su aspecto, era de la época victoriana, con altos y estrechos ventanales provistos de contraventanas verdes en la fachada y un pórtico en la entrada. Cuando subíamos los escalones, la puerta fue abierta instantáneamente por un hombre alto y de aire sombrío que vestía una chaqueta de alpaca negra. Sus cabellos eran plateados y usaba gafas con montura de acero.

—Ah, Vito —dijo ella, quitándose el abrigo—. He venido con el profesor Stacey.

—*Professore.*

Esbozó una ligera reverencia.

—Tomaremos café en la biblioteca, más tarde —prosiguió—. Yo me ocuparé de las bebidas.

—Por supuesto, *contessa.*